

las investigaciones modernas. Es verdad que en Italia las ciudades se combatieron mutuamente con una animosidad testaruda, pero en ninguna otra parte estas luchas tuvieron las mismas proporciones, y hasta en Italia mismo las guerras de las ciudades, particularmente las del primer período, tuvieron sus causas especiales. No fueron (como han demostrado Sismondi y Ferrari) más que una simple continuación de la guerra contra los castillos; fué el principio de la libre municipalidad y de la libre federación que entró inevitablemente en lucha violenta contra el feudalismo, el imperialismo y el papado. Muchas ciudades que no habían podido sacudir sino parcialmente el yugo del obispo, del señor o del emperador, viéronse literalmente empujadas contra las ciudades libres por los nobles, el emperador y la Iglesia, cuya política consistía en dividir las ciudades y armarlas una contra otra. Estas circunstancias especiales (que sufrieron un contragolpe parcial en Alemania) explican por qué las ciudades italianas, unas buscando tener el apoyo del emperador para poder combatir al Papa, mientras otras buscaban el apoyo de la Iglesia para resistir al emperador, estuvieron prontamente divididas en dos campos, güelfos y gibelinos, y explican por qué la misma división se reprodujo en cada ciudad.

El inmenso progreso económico realizado por la mayor parte de las ciudades italianas en la época misma en que más encarnizadas eran sus guerras (1) y las alianzas tan fácilmente concertadas entre ciudades, demuestran muy bien el carácter de estas luchas y acaban por echar por tierra la teoría de que acabamos de hablar. Ya durante los años 1130-1150 se habían formado ligas poderosas. Algunos años más tarde, cuando Federico Barbarroja invadió Italia, y sostenido por los nobles y por algunas ciudades retardatarias marchó contra Milán, el pueblo se sublevó lleno de entusiasmo por ciertas predicaciones populares en muchas ciudades. Crema, Piacen-

(1) Únicamente las ciudades que sostuvieron obstinadamente la causa de los barones, como Pisa y Verona, perdieron en estas guerras. Para muchas que combatieron al lado de los barones, la derrota fué también el comienzo de la liberación y del progreso.

za, Brescia, Tortona, etc., entraron en liza; los estandartes de las gildas de Verona, Padua, Vicenzio y Trevisa flamearon hermanadas en el campo de las ciudades contra los estandartes del emperador y de los nobles. Al siguiente año se creó la liga lombarda, y sesenta años más tarde, vémosla reforzada con otras ciudades formando una sólida organización que tenía la mitad de su tesoro federal para la guerra en Génova y la otra mitad en Venecia. En Toscana, Florencia se puso a la cabeza de otra liga poderosa a la que pertenecían Lucca, Bolonia, Pistoia, etc., que desempeñó importante papel aplastando a los nobles del centro de Italia: otras ligas más pequeñas se formaron con frecuencia. Así, a pesar de las mezquinas rivalidades que fácilmente engendraban la discordia, las ciudades se unían para la defensa común de la libertad. Cuando más tarde las ciudades se convirtieron en pequeños Estados, entonces estallaron las guerras entre ellas, como es fatal siempre que los Estados entran en lucha por la supremacía o por la posesión de colonias.

Con el mismo objeto se formaron ligas semejantes en Alemania. Cuando bajo los sucesores de Conrado el país fué presa de interminables quereilas entre los nobles, las ciudades de Westfalia concertaron una liga contra los caballeros, y una de sus cláusulas estipulaba no prestar más dinero a un caballero que guardara mercancías robadas. Los «caballeros vivían de rapiña y mataban al que se les antojaba», decía en las quejas formuladas por el *Wormser Zorn*; las ciudades del Rin (Maguncia, Colonia, Spire, Strasburgo y Bâle) tomaron entonces la iniciativa de una liga que pronto contó sesenta ciudades aliadas, reprimió los saqueos y mantuvo la paz. Más tarde la liga de las ciudades de Suabia, dividida en tres «distritos de paz» (Augsburgo, Constanza y Ulm) tuvo el mismo objetivo. Y hasta cuando estas ligas quedaron deshechas, habían vivido lo bastante para demostrar que mientras los que se ha intentado presentar como pacificadores—los reyes, los emperadores y la Iglesia—fomentaban la discordia y ellos mismos eran impotentes contra los caballeros bandidos, de las ciudades vino el impulso para el restablecimiento de la paz y de la unión.

Las ciudades, no los emperadores, fueron los verdaderos fundadores de la unidad nacional.

Federaciones análogas con iguales objetivos fundáronse también entre pueblos pequeños. Ahora que Luchaire ha despertado la atención sobre este particular, podemos esperar que pronto sabremos algo más. Por de pronto sabemos que un cierto número de lugares se reunieron en pequeñas federaciones en el *condado* de Florencia, y que lo mismo ocurrió en las comarcas de Novgorod y Pskov. Respecto de Francia sabemos de modo cierto que existió en el Laonesado una federación de diecisiete lugares de campesinos. Durante cerca de cien años (hasta 1256) y combatió vigorosamente por su independencia. Asimismo existían en las cercanías de Laon otras tres repúblicas campesinas que prestaron juramento sobre Cartas parecidas a las de Laon y de Soissons; como sus territorios eran vecinos, se sostenían mutuamente en sus guerras de liberación. Luchaire piensa que debieron formarse otras varias federaciones semejantes en Francia en los siglos XII y XIII, pero que se habrán perdido los documentos que podían referirse a estas federaciones. No estando protegidas por murallas, fácilmente podían ser aniquiladas por los reyes y los señores; pero gracias a circunstancias favorables, habiendo hallado ayuda de alguna liga de ciudades o protegidas por sus montañas, estas repúblicas campesinas se han convertido en las unidades independientes de la confederación suiza.

Las uniones entre ciudades para objetivos pacíficos eran muy frecuentes. Las relaciones que se habían establecido durante el período de liberación no quedaron rotas. Algunas veces, cuando los regidores de una ciudad alemana tenían que fallar en un caso nuevo y complicado y declaraban no conocer la sentencia (*des Urtheiles nitich weise zu sein*), enviaban delegados a otra ciudad para hallarla. Lo mismo pasaba en Francia, y es sabido que Forlì y Ravenna naturalizaron recíprocamente a sus ciudadanos y les otorgaron todos sus derechos en dichas ciudades. Entraba en el espíritu de la época someter toda desavenencia entre dos ciudades, o en el interior de una ciudad, a otro municipio que fallaba como árbitro. Los

tratados comerciales entre ciudades eran cosa muy corriente. Las uniones para reglamentar la fabricación y la capacidad de los toneles empleados en el comercio de vinos, las «uniones para el comercio del araque», etc., no fueron otra cosa que las vanguardias de la gran federación comercial de la Hansa flamenca y más tarde de la gran Hansa de la Alemania del Norte, cuya historia llenaría páginas y páginas, dando una idea del espíritu de federación que caracterizaba a los hombres de la época. Casi es ocioso añadir que más contribuyeron las ciudades medioevales con sus uniones hanseáticas al desarrollo de las relaciones internacionales, de la navegación y de los descubrimientos marítimos, que todos los Estados de los primeros diecisiete siglos de nuestra Era.

En resumen, las federaciones entre pequeñas unidades territoriales, así como entre hombres unidos para los trabajos comunes en sus gildas respectivas y las federaciones entre ciudades y grupos de ciudades, constituían la esencia misma de la vida y del pensamiento en aquella época. El período comprendido entre el siglo X y el XVI de nuestra Era podría describirse como un inmenso esfuerzo efectuado para establecer la ayuda y el apoyo mutuos en vastas proporciones, aplicando el principio de federación y de asociación a todas las manifestaciones de la vida humana y en todos los grados posibles. Este esfuerzo fué en su mayor parte coronado por el éxito. Unió a hombres que antes estaban divididos; les aseguró mucha libertad y decuplicó sus fuerzas. En una época en que tantas circunstancias engendraban el particularismo y en que las causas de discordia y de celos podían haber sido tan numerosas, conforta el ánimo ver ciudades diseminadas sobre un vasto continente tener tanto en común y estar dispuestas a confederarse para la realización de tantos objetivos comunes. Con el tiempo sucumbieron ante enemigos poderosos. Por no haber interpretado el principio del apoyo mutuo más ampliamente cometieron faltas fatales. Pero no perecieron por sus recíprocas envidias, y sus errores no procedían de la falta de espíritu de federación.

*

* *

Sin caer en exageración, puede afirmarse que este nuevo progreso de la humanidad, repercutió de manera asombrosa en la ciudad medioeval. Al principiarse el siglo XI, las ciudades de Europa eran pequeños grupos de chozas miserables, adornadas solamente con iglesias bajas y pesadas, cuyos constructores a duras penas sabían formar un arco; las artes—no había más que tejedores y herreros—estaban en su infancia; el saber se hallaba encerrado en raros monasterios. Trecientos cincuenta años después, la faz de Europa había cambiado. El territorio estaba sembrado de ricas ciudades rodeadas de gruesas murallas con torreones y puertas, cada una verdadera obra de arte. Las catedrales, de un estilo lleno de grandeza y decoradas con abundancia, alzaban al cielo sus campanarios de una pureza de forma y un atrevimiento de imaginación que en vano hoy intentamos imitar. Las artes y los oficios llegaron a tal grado de perfección, que no podemos asegurar haberlo superado en nuestros días en ciertos ramos, si es que queremos apreciar más la habilidad inventiva del obrero y lo acabado de su labor que la rapidez de la fabricación. Los buques de las ciudades libres surcaban los mares interiores de Europa en todas direcciones. Un esfuerzo más, e iban a atravesar los océanos. El bienestar había arrojado a la miseria de grandes espacios de territorio; el saber se había desarrollado, extendido. Se creaban los métodos científicos, las bases de la física quedaban asentadas y estaban abiertos los caminos a todos los inventos mecánicos de que está orgulloso nuestro siglo. Tales fueron los cambios realizados en Europa en menos de cuatrocientos años. Y si uno quiere darse cuenta de las pérdidas que sufrió Europa con la destrucción de las ciudades libres, no tiene más que comparar el siglo XVII con el XIV o el XIII. La prosperidad que antes caracterizaba Escocia, Alemania, las llanuras de Italia, había desaparecido; los caminos estaban abandonados; las ciudades se habían despoblado; el

trabajo gemía bajo la servidumbre, el arte decayó; el mismo comercio declinaba.

Si las ciudades de la Edad Media no nos hubiesen legado ningún monumento escrito por testimonio de su esplendor y no hubiesen dejado más que los monumentos de arquitectura que contemplamos en toda Europa, desde Escocia a Italia y desde Gerona en España hasta Breslau en territorio slavo, podríamos ya, desde luego, afirmar que la época en que las ciudades tuvieron una vida independiente, fué la de mayor desarrollo del espíritu humano desde la Era cristiana hasta fines del siglo XVIII. Si contemplamos, por ejemplo, un cuadro de la Edad Media representando Nuremberg, con sus torres y sus campanarios altísimos, con el sello cada uno de un arte creador, apenas podemos concebir que, trescientos años atrás, la ciudad no era más que un revoltijo de miserables chozas. Y nuestra admiración crece de punto cuando entramos en los detalles de la arquitectura y de las decoraciones de cada una de las innumerables iglesias, atalayadas, concejos comunales, puertas de las ciudades, etc., que encontramos en Europa, tan distantes como el Este de Bohemia y las ciudades, hoy muertas de la Galitzia polonesa. No era solamente en Italia, patria de las artes; era toda Europa que estaba cubierta de estos monumentos. El mismo hecho que entre todas las artes, la arquitectura—arte social por excelencia—hubiese logrado tan elevado desarrollo, es ya, de por sí solo, muy significativo. Para llegar al grado de perfección que adquirió este arte, forzosamente tenía que ser producto de una vida eminentemente social.

La arquitectura de la Edad Media logró su grandeza, no porque fuese únicamente el florecimiento natural de esta profesión, como recientemente se ha dicho; no solamente porque cada cuerpo de edificio, cada decoración arquitectónica fuese obra de hombres que conocían por la experiencia de sus propias manos los efectos artísticos que se pueden obtener de la piedra, del hierro, del bronce y hasta de simples vigas y de mortero; no porque cada monumento fuese el resultado de la experiencia colectiva acumulada en cada «misterio» u oficio; la arqui-

itectura medioeval fué grande porque nació de una idea grande. Como el arte griego, brotó de una concepción de fraternidad y de unidad engendrada por la ciudad. Tenía la audacia que no se adquiere sino por luchas atrevidas y victorias; reflejaba el vigor, porque de vigor estaba saturada toda la vida de la ciudad. Una catedral, un edificio municipal simbolizaban la grandeza de un organismo del cual cada albañil y cada picapedrero era un constructor, y un monumento medioeval no se nos aparece nunca como un esfuerzo solitario en el que millares de esclavos hubiesen ejecutado la parte de trabajo asignada por la imaginación de un hombre solo, sino que era la ciudad entera que contribuía a la obra. El alto campanario se elevaba sobre una construcción que tenía grandeza por sí misma, en la que se podía sentir palpitar la vida de la ciudad. No era un andamiaje absurdo como la torre de hierro de 300 metros de París, ni una obra de piedra para ocultar la fealdad de una armadura de hierro como el Tower Bridge de Londres. A semejanza de la Acrópolis de Atenas, la catedral de una ciudad medioeval estaba construída con la intención de glorificar la grandeza de la ciudad victoriosa, de simbolizar la unión de sus artes y oficios, de expresar el orgullo de cada ciudadano en una ciudad que era su propia creación. A menudo, cuando se hubo realizado la segunda revolución de los oficios menores, se veía a la ciudad comenzar una nueva catedral a fin de expresar la nueva unión, más amplia, más vasta, que acababa de ser llamada a la vida.

Los recursos disponibles para estas grandes empresas sorprenden por su medianía. La catedral de Colonia comenzó con un presupuesto anual de 500 marcos; un donativo de 100 marcos se inscribió como una cosa extraordinaria; y hasta cuando los trabajos tocaban a su fin y los donativos afluían, el gasto anual en dinero no bajó de 5.000 marcos ni pasó de 14.000. La catedral de Bale fué igualmente edificada con módicos recursos. Pero cada corporación contribuía por su parte con piedra, con trabajos e inventos decorativos a ir formando su monumento común. Cada guilda expresaba en estos monumentos sus concepciones políticas, cantando por medio

del bronce y de la piedra la historia de la ciudad, glorificando los principios de «Libertad. Igualdad y Fraternidad» (1), ensalzando a los aliados de la ciudad y condenando al infierno a sus enemigos. Y cada guilda daba testimonio de *amor* al monumento comunal decorándolo con vidrieras, pinturas, «verjas de hierro dignas de servir para puertas del Paraíso», como dijo Miguel Angel, o decorando con esculturas de piedra los rincones más pequeños del edificio. Las ciudades pequeñas, hasta las pequeñas parroquias, rivalizaban con las grandes aglomeraciones en estos trabajos, y las catedrales de Laon y de Saint-Ouen en nada desmerecen de las de Reims o de la casa consistorial de Bréne o la casa del Concejo de Breslau. «Ninguna obra ha de ser emprendida por el Común sin estar concebida según el gran corazón del Común, compuesto de los corazones de todos los ciudadanos unidos en una común voluntad.» Son palabras del Concejo de Florencia, y este espíritu aparece en todas las obras comunales de una utilidad social: los canales, los terraplenes, los viñedos y los jardines frutales de los alrededores de Florencia, o los canales de riego que surcan las llanuras lombardas, o el puerto y el acueducto de Génova, en suma, todos los trabajos de este género que llevaron a cabo casi todas las ciudades (2).

Todas las artes habían progresado de igual modo en las ciudades medioevales. Las artes de nuestros días son en su mayor parte una continuación de las que se habían desarrollado en aquella época. La prosperidad de las ciudades flamencas se basaba en la fabricación de magníficos tejidos de lana. A principios del siglo XIV, antes de la peste negra, Florencia fabricaba de 70.000 a 100.000 *panni* de tejidos de lana evaluados en 1.200.000 florines de oro. (En 1336, Florencia tenía de 8 a 10.000 niños y niñas en sus escuelas primarias, de 1.000 a 1.200 muchachos en sus siete escuelas secundarias y de 550 a

(1) Estas tres estatuas figuran entre los decorados exteriores de Nuestra Señora de París.

(2) El gran canal, *Naviglio grande*, que trae el agua del Tessino, fué empezado en 1179, es decir, después de la conquista de la independencia, y terminó en el siglo XIII. Sobre la decadencia que luego sobrevino, véase el cap. XVI, 355.

600 estudiantes en sus cuatro universidades. Sus treinta hospitales comunales contenían más de 1.000 camas para una población de 90.000 habitantes. Más de una vez, autorizados escritores han emitido la opinión que la educación estaba en general a un nivel mucho más elevado de lo que suele suponerse. Con toda certeza era así en la democrática ciudad de Nuremberg.) El cincelaje de los metales, el arte de fundirlos, los magníficos hierros forjados, creaciones fueron de los «misterios» de la Edad Media, que lograron ejecutar cada uno en su propia esfera todo lo que era posible hacer a mano sin auxilio de poderosos motores.

Con la inventiva y la mano, pues, sirviéndonos de las mismas palabras de Whewell:

«El pergamino y el papel, la impresión y el grabado, el vidrio y el acero perfeccionados, la pólvora, los relojes, los telescopios, la brújula, el calendario reformado, la numeración decimal, el álgebra, la trigonometría, la química, el contrapunto (invento que equivale a una creación de la música), todas estas adquisiciones nos proceden de aquel período que con tanto desprecio se ha llamado período estacionario.»

Es verdad que, como dice Whewell, ninguno de estos descubrimientos había sido el resultado de algún nuevo principio; pero la ciencia de la Edad Media hizo más que el descubrimiento de los nuevos principios. Preparó el descubrimiento de los nuevos principios que conocemos actualmente en las ciencias mecánicas; habituó al investigador a observar los hechos y razonarlos. Era ya la ciencia inductiva sin haber visto la importancia y el poder de la inducción, y sentaba ya los cimientos de la mecánica y de la física. Francisco Bacon, Galileo y Copérnico fueron los descendientes directos de un Roger Bacon y de un Michael Scot, del mismo modo que la máquina a vapor fué un producto directo de las investigaciones efectuadas en las universidades italianas de aquella época sobre el peso de la atmósfera y de los estudios técnicos y matemáticos que constituían la característica de Nuremberg.

Pero ¿por qué tomarnos el trabajo de insistir sobre los

progresos de las ciencias y de las artes en la ciudad de la Edad Media? ¿No basta con mencionar las catedrales en el dominio de la habilidad técnica, o la lengua italiana y los poemas del Dante en el dominio del pensamiento, para dar inmediatamente la medida de lo que creó la ciudad medioeval durante los cuatro siglos que vivió?

Las ciudades medioevales han prestado un servicio inmenso a la civilización europea. Impidieron que se dirigiera por el camino de las teocracias y de los Estados despóticos de la antigüedad; le dieron la variedad, la confianza en sí misma, la fuerza de iniciativa y las inmensas energías intelectuales y materiales que hoy posee y que son la mejor garantía de su aptitud para resistir a cualquier invasión que viniere del Oriente. Pero ¿por qué no vivieron más tiempo estos centros de civilización que intentaron responder a necesidades tan profundas de la vida humana, centros tan llenos de vida? ¿Por qué les atacó la debilidad senil en el siglo XVI, y después de haber rechazado tantos asaltos del exterior y haber hallado un nuevo vigor en sus luchas interiores, por qué, finalmente, sucumbieron bajo estos dobles ataques?

*

* *

Diversas fueron las causas que influyeron a este efecto, muchas de ellas derivadas de un lejano pasado, otras procediendo de las faltas cometidas por las ciudades mismas.

Hacia fines del siglo XV comenzaron ya a constituirse Estados poderosos, reconstruidos sobre el viejo modelo romano. En cada región algún señor feudal más hábil, más sediento de riquezas, y a menudo menos escrupuloso que sus vecinos, había logrado apropiarse más dominios personales, tener más campesinos en sus tierras, más caballeros en su séquito y más tesoros en sus cofres. Había escogido para residencia suya un grupo de pueblos bien situados, donde no se había desarrollado la libre vida municipal—París, Madrid o Moscov—y con el tra-

bajo de sus siervos los transformó en ciudades reales fortificadas. Dando liberalmente pueblos se atrajo compañeros de armas y mercaderes ofreciéndoles su protección al comercio. El germen del futuro Estado, que comenzaba gradualmente a absorber otros centros parecidos, se había formado de este modo. En estos centros abundaban los jurisconsultos versados en el estudio del Derecho romano, raza de hombres tenaces y ambiciosos, salidos de los burgueses. Lo mismo detestaban el ceño arrugado de los señores que lo que ellos llamaban el espíritu rebelde de los campesinos. La forma misma del Común rural, desconocida en sus códigos, y los principios del feudalismo, les repugnaba, por ser herencia de los «bárbaros». Su ideal era el cesarismo, sostenido por la ficción del consentimiento popular y por la fuerza de las armas, y con persistencia trabajaron a favor de aquellos que les prometieron realizar este ideal suyo.

La Iglesia cristiana, antes rebelde a la ley romana y ahora su aliada, trabajó en la misma dirección. Habiendo fracasado la tentativa de constituir el imperio teocrático de Europa, los obispos más inteligentes y los más ambiciosos prestaron entonces su concurso a aquellos con quienes contaban para reconstituir el poder de los reyes de Israel o de los emperadores de Constantinopla. La Iglesia consagró a estos dominadores nacientes, púsoles en las frentes la corona de representantes de Dios sobre la tierra; a su servicio puso la ciencia y el espíritu político de sus ministros, sus bendiciones y sus maldiciones, sus riquezas y las simpatías que había conservado entre los pobres. Los campesinos, que las ciudades no pudieron o no quisieron emancipar, al ver que los burgueses no lograban poner fin a las guerras interminables entre nobles —guerras que tan caras les costaban— pusieron sus esperanzas en el rey, el emperador o el gran príncipe, y ayudándoles a aplastar los poderosos propietarios de feudos les ayudaron al propio tiempo a constituir el Estado centralizado. En fin, las invasiones de los mogoles y de los turcos, la guerra santa contra los moros en España, así como las terribles guerras que pronto estallaron entre los nacientes centros de soberanía — la isla de Francia y

de Borgoña, Escocia e Inglaterra, Lituania y Polonia, Moscou y Tver, etcétera, etcétera,—contribuyeron a dicho fin. Quedaban constituidos los Estados poderosos. Desde entonces las ciudades tuvieron que hacer frente, no a vagas federaciones de señores, sino a centros sólidamente organizados, con ejércitos de siervos a su disposición.

Lo peor fué que estas autocracias crecientes hallaron auxiliares en las divisiones que se habían formado en el seno de las mismas ciudades. La idea fundamental de la ciudad de la Edad Media era grande, pero no era bastante amplia. La ayuda y el sostén mutuos no pueden estar limitados a una pequeña asociación; deben hacerse extensivos a todo lo que la rodea, porque de no ser así lo que rodea a la asociación acaba por absorberla. Bajo este aspecto la ciudad medioeval había cometido una terrible falta ya desde el principio. En lugar de ver en los campesinos y los artesanos que se reunían bajo la protección de sus murallas otros tantos auxiliares que contribuirían por su parte a la prosperidad de la ciudad—como así era efectivamente—se levantó una profunda división entre las «familias» de los viejos burgueses y los recién llegados. A los primeros fuéronles reservados todos los beneficios del comercio comunal y de las tierras comunales; a los segundos no se les dejó más que el derecho de servirse libremente de la habilidad de sus manos. Así la ciudad quedó dividida: a un lado «los burgueses» o «la commune»; a otro «los habitantes» (1). El comercio, que al principio era comunal, se fué convirtiendo en privilegio de las «familias» de mercaderes y de artesanos y no faltaba más que dar un paso para que se transformara en privilegio individual o privilegio de grupos opresores. Este paso era inevitable y se dió.

Igual división se estableció entre la ciudad propiamente dicha y los lugares circundantes. El municipio, al principio, había intentado libertar a los campesinos; pero sus guerras contra los señores convirtieronse, como ya diji-

(1) Brentano ha comprendido bien los efectos fatales de la lucha entre los «viejos burgueses» y los recién llegados. Miaskowski, en su obra sobre los municipios de Suiza, ha indicado lo mismo referente a los municipios rurales.

mos, mejor en guerras para libertar la ciudad que para libertar a los campesinos. La ciudad dejó al señor sus derechos sobre los villanos a condición de que ya no la inquietara más y se convirtiera en un coburgués. Pero los nobles, «adoptados» por la ciudad y entonces residiendo dentro de sus murallas, no hicieron más que continuar sus guerras de antes dentro del mismo recinto de la ciudad. Les disgustaba tener que someterse a un tribunal de simples artesanos y de mercaderes, y continuaron con sus viejas hostilidades de familia y sus particulares guerras en las mismas calles de la ciudad. Ahora cada ciudad tenía ya sus Colonna y sus Orsini, sus Overstolze y sus Wise. Sacando grandes rentas de las tierras que habían conservado, pudieron rodearse de numerosos clientes y feudalizaron las costumbres y los hábitos de la misma ciudad. Y cuando comenzaron a surgir disensiones en la ciudad entre los artesanos, ofrecieron su espada y su mesnada armada para zanjar las diferencias por medio de combates, en lugar de dejar que las disensiones hallaran soluciones más pacíficas, como no dejaban de encontrarse nunca en los viejos tiempos.

estaba

el 18 de

el 18 de

el 18 de

el 18 de

*
* *

El mayor error y el más fatal que tienen en el haber de sus faltas la mayoría de las ciudades, fué sin duda alguna el tomar por base de su riqueza el comercio y la industria en detrimento de la agricultura. Repitieron de este modo el error en que ya incurrieron las ciudades de la antigua Grecia, y por esto mismo cometieron los mismos crímenes. Extrañas a la agricultura, gran número de ellas se vieron necesariamente arrastradas hacia una política hostil a los campesinos. Esto hizo más evidente durante la época de Eduardo III, de la Jaquerie en Francia, de las guerras hussitas y de la guerra de los campesinos en Alemania. De otra parte, la política comercial las hacía aventurarse en lejanas empresas. Los italianos fundaron colonias en el Sudeste, las ciudades alemanas en el Este, las ciudades slavas hacia el extremo

Nordeste. Creáronse ejércitos mercenarios para las guerras coloniales y a poco para la defensa de la misma ciudad. Contratáronse empréstitos en proporciones tan desmesuradas, que desmoralizaron por completo a los ciudadanos, y las querellas interiores empeoraban a cada elección en que se ventilaba la política colonial en interés de algunas familias solamente. La división entre ricos y pobres se hizo más profunda, y en el siglo XVI la autoridad real halló ya en cada ciudad aliados solícitos y un apoyo entre los pobres.

Hubo aún otra causa de ruina de las instituciones comunales, más profunda a la vez y de un orden más elevado que todas las señaladas. La historia de las ciudades de la Edad Media ofrece uno de los más notables ejemplos del poder de las ideas y de los principios sobre los destinos de la humanidad y de la diferencia absoluta de resultados que acompañan toda profunda modificación de las ideas directoras. Las ideas directoras en el siglo XI eran la confianza en sí mismo y el federalismo, la soberanía de cada grupo y la constitución del cuerpo político de lo simple a lo compuesto. Pero después de esta época, las concepciones habían cambiado por entero. Los estudiantes en Derecho romano y los prelados de la Iglesia, estrechamente unidos desde la época de Inocencio III, lograron paralizar la idea—la antigua idea griega—que presidió a la fundación de las ciudades. Durante dos o trescientos años predicaron desde el púlpito, enseñaron en la Universidad y en el banco de la penitencia que era necesario buscar la salud en un Estado fuertemente centralizado, colocado bajo una autoridad semidivina. Unicamente un hombre, dotado de plenos poderes, un dictador, podía ser y sería el salvador de la sociedad; en nombre de la salvación pública podía entonces cometer toda clase de violencias: quemar hombres y mujeres, hacerlos perecer en medio de indescribibles tormentos, sumir provincias enteras en la miseria más abyecta. Y no dejaron de poner en práctica estas teorías con una crueldad inaudita en todas partes donde pudieron levantar la espada del rey o encender el fuego de la Iglesia o los dos a un mismo tiempo. Con estas enseñanzas y

estos ejemplos continuamente repetidos y forzando la atención pública, el mismo espíritu de los ciudadanos moldeose de nuevo modo. Bien pronto no hubo autoridad que se hallara excesiva, ni asesinato a fuego lento que pareciese cruel mientras se ejecutara «para la seguridad pública». Y con esta nueva dirección del espíritu y esta nueva fe en el poder de un hombre, desvaneciéndose el principio federalista y se apagó hasta el genio creador de las masas. La idea romana triunfaba, y en estas circunstancias el Estado centralizado halló en la ciudad una segura presa.

La Florencia del siglo XV es el tipo de este cambio. Una revolución popular era antiguamente señal de nuevos vuelos. Pero ahora, cuando el pueblo desesperado se sublevaba, ya no tenía ideas constructivas: ninguna, idea nueva surgía a luz. Un millar de representantes entran en el concejo municipal en lugar de los cuatrocientos de antes; cien hombres entran en la *Signoria* en vez de ochenta. Pero una revolución en cifras no quiere decir nada. El descontento del pueblo aumenta y nuevas rebeliones estallan. Entonces se hace un llamamiento a un salvador, al «tirano». Este aplasta a los rebeldes, pero la disgregación del cuerpo comunal no cesa, al contrario, empeora. Y cuando después de una nueva revuelta el pueblo de Florencia se dirige al hombre más popular de la ciudad, Jerónimo Savonarola, el monje responde: ¡Oh, pueblo mío! tú sabes bien que yo no puedo ocuparme de los asuntos del Estado... purifica tu alma, y si en esta disposición de espíritu reformas tu ciudad, entonces, pueblo de Florencia, habrás inaugurado la reforma de toda Italia.» Quemáronse las máscaras de Carnaval y los malos libros, se promulgó una ley de caridad y otra contra los usureros, pero la democracia de Florencia continuaba en su pésima situación. El espíritu del viejo tiempo había muerto. Por haber tenido demasiada confianza en el Gobierno, los ciudadanos dejaron de tenerla en sí mismos. Incapacitáronse para hallar nuevos caminos. Ya no faltaba más sino que el Estado interviniera y aplastara las últimas libertades.

Con todo, la fuente de ayuda recíproca y de apoyo mutuo no estaba del todo agotada en las masas; continuó

manando aun después de esta derrota. Engrosó nuevamente con formidable fuerza después de los llamamientos comunistas de los primeros propagadores de la Reforma y continuó existiendo aun después que las masas, no habiendo logrado realizar la vida que esperaban inaugurar bajo la inspiración de la religión reformada, cayeron bajo el dominio de un poder autocrático. La fuente continúa manando actualmente y busca hallar una nueva expresión que no sea ya el Estado ni la ciudad de la Edad Media, ni el Común rural de los bárbaros, ni el clan salvaje, sino que participe de todas estas formas y les sea superior en virtud de una concepción más amplia y más profundamente humana.